

XII

Más que de anochecer, el cielo se diría propio de uno de esos diciembres del norte, cuando el día amanece para dar apenas paso al crepúsculo, a la larga noche. La brisa se había calmado paulatinamente, como paulatinamente se pierden los rojos y oros de las hojas en el curso del otoño y se despojan las ramas, esas ramas grises en las que la brisa suena más limpia y fluida, inmóviles casi a su paso las afiladas puntas, unas puntas que se hincharán al filo del invierno para irse abriendo al tibio sol de la tarde cuando el invierno se llame primavera, según los campos adquieran una pátina color caramelo y un plumón amarillo y rosa los árboles, brotes que reventarán en pegajosos carmines y dorados si carmines y doradas fueron las hojas caídas, carmín donde hubo carmín y dorado donde hubo dorado, efímera recuperación de las tonalidades perdidas, vigentes tan sólo hasta que prevalezcan los verdes, hasta que los verdes se sumen a los verdes y terminen por imponerse en la espesa fronda, ese entramado que forman las copas de los árboles al integrarse las unas en las otras, la fronda que la brisa infla y matiza al caer la tarde, sopro vivo lo que fue silbido yerto cuando era invierno y la misma brisa de la tarde sonaba en las ramas desnudas, una brisa que se irá aquietando según oscurezca, de abajo arriba, de las raíces a las hojas y por orden de tamaño, empezando por los arbustos y acabando por los árboles, vides, avellanos, laureles, robles, hayas, tilos y, por último, los altos álamos. Una paulatina quietud, una paulatina oscuridad, un paulatino silencio que los pájaros harán definitivo al callarse de súbito, a semejanza de ese viajero que cae en la cuenta de que está hablando a gritos en el interior de un tren que ya no marcha, que se halla detenido en una apacible estación de pueblo.

¿Dónde se ha visto un banquete en el que los invitados empiecen a comer sin esperar siquiera que el anfitrión haya sido servido? *Quelle belle journée!* A mi espalda, el bullicio de los comensales en torno a los blancos manteles; ante mí el jardín oscuro y tranquilo.

Nada de esto me atañe, su ceguera, sus miserias. Yo veo lo que ellos no ven. El nuevo año que se aproxima, la llegada inminente de las tropas salvadoras con sus enseñas color rosa de Epifanía, el atronador relampagueo de los cañones que anuncia una vez más su presencia, salvadas de honor se diría, a las que pronto han de unirse los clamores y vítores con que serán recibidos cuando, en columna de a dos, hagan su entrada en el pueblo capitaneados por un oficial montado en un caballo blanco. Y entonces volveremos a la Font de les Delfícies igual que antes, cuando las señoritas de Vilasacra organizaban la excursión, no las señoritas de ahora, las de antes, y mientras los pequeños jugaban en la hierba, la señorita Margarita y la señorita Magda disponían los manteles para la merienda, la señorita Margarita en especial, una de estas bellezas por las que uno estaría dispuesto a dar cuanto posee, una mujer con el don de convertir una merienda campestre en un banquete respecto al cual este banquete no sería sino un simple destello de luz en el agua burbujeante. Y en tanto que los invitados se congregaban a mi alrededor, y, como un gran pájaro, o mejor, como un vuelo de golondrinas que gira y gira sobre las doradas piedras del monasterio precipitándose desde lo alto, delirio centrífugo a la vez que centrípeto, ora como preso en el ámbito cerrado de los claustros, ora como cautivo de la atracción ejercida por el cimborio, imperceptible casi en razón de su presencia ubicua, trinos asimilados al aire, pluma rauda asimilada al sol de la tarde, idéntico a sí mismo a través de los siglos y los milenios, así yo, no menos libre que en los espacios exteriores en esta habitación de altos techos ojivales, como un vuelo de golondrinas que se arremolinasen triunfales configurando los rasgos de mi rostro, las cejas enarcadas, no menor el júbilo que las estentóreas carcajadas, inaudibles para los allí presentes, así yo al remontar el aire sobre sus cabezas con renovada agilidad y energía, mientras la enfermera se volvía hacia los familiares, amigos y convecinos que rodeaban mi lecho, para anunciarles, señores, este hombre ha fallecido.